

Luis Pérez Verdía

IMPRESIONES
DE UN LIBRO

“MAXIMILIANO INTIMO”

POR

D. JOSE L. BLASIO



GUADALAJARA

IMP. DE «EL REGIONAL».—OCAMPO, NUM. 9

1905

F1233
M453
P4

AL SR. D. JOSE MARIA VIGIL:
cariñoso recuerdo de vieja amistad



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



Tiempo hacía ya que estaba anunciada la publicación de las Memorias del Secretario Particular de Maximiliano, que eran esperadas con grande interés, porque interés y muy grande tiene cuanto se refiere á ese período de nuestra historia que empezó con un sainete para acabar con una tragedia.

Al aparecer por fin, una voz uniforme se ha dejado oír: *no contienen nada nuevo*, y es que el público está ansioso de conocer á fondo á los personajes de esa época, de rectificar ciertos juicios, de descorrer algun velo que todavía cubre determinados pasajes del Imperio.

Pero si bien la obra del Sr. Blasio no descubre esos enigmas, ni nos enseña rasgos nuevos del caracter del infortunado Archiduque, sí confirma los que hasta aquí han servido para bosquejarlo. El autor no ha querido hacer política sino mas bien publicar sus recuerdos personales, tributando con ellos un homenaje de gratitud á quien tanto lo favoreció, y al obrar

de esa suerte ha hecho bien, porque esos recuerdos, esos detalles particulares sobre el modo de ser de cada gobernante, son precisamente los que más sirven para conocerlo, pues en la parte oficial hay tanto de ficticio, que no es posible con su solo conocimiento llegar á formarse una idea completa. Sin embargo de ese propósito que se advierte en los comienzos del libro, hay tanta relación entre el modo de ser de una persona y el medio que le rodea, está tan íntimamente ligada la vida del Archiduque con la política de su época, que es bien difícil separarlas y el autor no puede menos al fin de su obra de caer en la tentación de juzgar acontecimientos políticos de suma transcendencia sin llevar á la discusión ningún contingente desconocido ó que no hubiese sido aquilatado de antemano.

No es culpa del Sr. Blasio si su trabajo histórico no tiene el interés que se descaba, porque naturalmente refiriéndose á determinada persona, no puede hacer otra cosa que reflejar la importancia de ella misma.

Si leemos el «Napoleón Intimo» de Levy, por más que conozcamos ya los rasgos del gran Capitán, no disminuye por eso el interés de la lectura, porque el genio, la originalidad, la inagotable energía dan materia para sostener el interés del libro desde el principio hasta el fin. Es una epopeya que no se repetirá en millares de años.

Si hojeamos á Lano cuando nos da á conocer á Napoleón III en forma ligera y anecdótica, nos encontramos con un personaje que en nada se parece á su tío, pero que muestra talento en algunas de sus concepciones, bondad de corazón en muchos de sus actos, gracia en su conversación, y un espíritu soñador y audaz aunque inconstante, circunstancias todas que interesan.

Pero al leer el libro del Sr. Blasio hallamos muy pocas noticias que puedan satisfacer nuestra curiosidad, y nada de fondo en su personaje, que parece increíble, pero mientras más se afana el autor en hacer destacar su figura, aparece ésta más insignificante y vulgar.

Decididamente Maximiliano no era un hombre de Estado, ni de talento sólido, ni de gran corazón. Solo así se explica que en toda su intimidad no se nos muestre por su secretario privado un solo rasgo de agudo ingenio, ni una acción grandiosa, ni siquiera algo que llevase el sello de la originalidad. Hombre de buena intención, de imaginación ardiente, que lo llevaba á concebir las más irrealizables ilusiones, de inteligencia brillante pero superficial, sin constancia para perseguir un fin, tan amante de los más frívolos detalles como enemigo de las cuestiones serias, aparatoso y apegado á las solas exterioridades. De una exquisita educación, de muy fácil palabra, y de un personal muy simpático,

se atraía, con la primera conversación, el afecto de quienes le hablaban sin que se advirtiese en él un estudio minucioso para popularizarse, utilizando sus buenas prendas personales.

Por eso en el cap. I, al hablar de la entrada de S. S. M. M. á Guadalupe, dice el autor: «Le ví pasar, arrogante, majestuoso y esbelto: impresionándome por vez primera, sobre todo, la dulzura de su mirada: mirada azul, bondadosa y profunda, que tantas veces me fué concedido contemplar después;» (pág. 4) y más adelante al referir cuando Maximiliano entró al gabinete de su Consejero Mr. Eloin, en el cual trabajaba el Sr. Blasio, «Fué entonces cuando á todo mi sabor pude por primera vez contemplar su noble y augusta fisonomía, las miradas bondadosas de sus ojos azules, su larga barba rubia dividida en el centro y el signo característico de los Hapsburgos, el labio inferior caído hacia afuera.» [pág. 9.]

Todos los prohombres del partido conservador estaban realmente fascinados por entonces con la *mirada azul* del príncipe, que había hecho escribir al Ilmo. Sr. Labastida: «en este semblante hay siempre el sello de una modestia sin igual y de una abnegación que todo lo sacrifica á la dicha de un pueblo, que el príncipe no conoce todavía, y á quien ama ya sin embargo. —¿Que falta á este príncipe? Hacíame yo esta pregunta varias veces durante las breves horas transcurridas y mi

corazón y mi cabeza han respondido: Nada, absolutamente nada.»

Pero eso mismo el Sr. D. Luis G. Cuevas en su Oda elogiaba

La piedad en el trono,
El mérito preclaro
La majestad modesta y generosa,
El don de gobernar que es don tan raro!

Y sin embargo, no era esa la opinión de los hombres pensadores.

Ya desde 1864 Zarco había emitido un juicio que entonces pudo parecer severo y que hoy se confirma más cada día: «El austriaco, convengamos en ello de buen grado, será como dicen sus panegiristas, más rubio que un Apolo; más delicado que un alfeñique; tendrá ojos tan azules como el cielo; ma- drugará mas que un gañán; hablará más lenguas que Mezzofanti; habrá viajado mas que Arago ó que el Capitán Cook; tendrá mas devociones que un capuchino; será mas ortodoxo que un concilio ecuménico; pero con tan bellas prendas, su primer acto de soberanía (el tratado de Miramar) está demostrando que carece de la dignidad de hombre y que es un pobre pigmeo como fundador de imperios.»

Con mucha exactitud describe el autor el entusiasmo con que la clase aristocrática de la capital recibió á los Soberanos en junio de 1864, y hayan sido doscientos y tantos carruajes abiertos en que lucían ricamente ataviadas las más distinguidas y más hermosas damas, como afirma el autor, ó bien ciento

setenta y tantos como se dice en la «Narración del Advenimiento de SS. MM», es lo cierto que la inmensa mayoría de la sociedad mexicana entró en delirio ante la idea de un Imperio impuesto por bayonetas francesas.

Es digno de observarse que en la ciudad de México fué sin duda alguna donde encontró el nuevo Gobierno más partidarios, lo cual se explica por ser la principal residencia de la clase conservadora. Fueron muchos los que se deslumbraron con el brillo de la Corte y creyeron que se consolidaría un Gobierno fuerte que diera garantías al país. Guiados por apariencias y exterioridades, no pudieron acertar en su elección, porque era pueril fijarse en el abolengo de Carlos V, en la dulzura de la mirada, en la rubicundez de la barba, en la elegancia de las maneras. “Los intervencionistas mexicanos, como dice el Sr. Iglesias Calderón, han dicho que buscaron en el Imperio un gobierno firme, un gobierno estable, un gobierno incommovible, y ¡cruel ironía! para fundar esa estabilidad no encontraron nada mejor que la creación de una monarquía hereditaria con un príncipe *sin herederos*.” (La Traición de Maximiliano, pág. 137).

Pero desde un principio hubo un cange de engaños entre los imperialistas y el emperador, cuyo desenlace se nota perfectamente en el libro del Sr. Blasio, en el cual se muestra cómo cada día, á proporción que caía la venda de los ojos, se iban separando más y

más los súbditos y sus soberanos, hasta que el interés común y el peligro inmediato vino á estrechar el lazo de unión.

Los imperialistas engañaron al Archiduque asegurándole que el país entero le aclamaba, que el Imperio era la forma de gobierno deseada por la Nación entera y que los republicanos formaban una minoría opresiva que desaparecería tan luego como él pisase las playas de México, y le engañaron haciéndole creer que los recursos con que podía contar serían cuantiosísimos. A su vez Maximiliano, comulgando de manos de Pío IX y ofreciendo volver á la Iglesia los bienes nacionalizados, ocultaba tener ya el compromiso con Napoleón de sostener las leyes de Reforma y se mostraba muy diverso del que decía después con la mayor indiferencia que si el Papa lo excomulgaba, sería el cuarto Archiduque de Austria que lo hubiera sido!

Con que tristeza y desengaño se vió obligado á reconocer él mismo años más tarde, en carta dirigida á Lares el 9 de febrero de 1867 que “El Imperio no tiene, pues, á su favor ni la fuerza moral ni la fuerza material: los hombres y el dinero le huyen y la opinión se pronuncia de todas maneras contra él”.

Los intervencionistas engañaron á Napoleon III haciéndole creer que el presupuesto podía elevarse á cincuenta millones de pesos anuales y que el

pueblo mexicano sólo esperaba la llegada de un reducido ejército francés para levantarse como un solo hombre y arrojar á Juárez y sus odiosos partidarios. Por eso pudo decir con tanta gracia Laurencez en su famosa proclama: "se nos había repetido cien veces que Puebla nos llamaba con todo entusiasmo y que su población se nos presentaría para cubrirnos de flores. Es bajo la confianza inspirada por esas engañosas seguridades que nos presentamos".

«Las simpatías de sus habitantes, escribe Paul Gaulot, eran enteramente nuestras y estaban dispuestos á abrirnos las puertas. Así lo afirmaban Mr. Saligny y el Gral. Almonte.

«El contraste de esta acogida con la que se esperaba causó asombro y una sorpresa tan penosa como profunda. La aventura se volvió trágica.»

«M. Hidalgo, dice Lano, cuya ambición era inmensa, afirmaba que México aclamaría á los franceses lo mismo que el Archiduque Maximiliano y que esta expedición no sería sino un paseo en bote.» [L'Imperatrice Engène, pág. 111].

Napoleón había engañado á Inglaterra y á España, firmando la Convención de Londres en 31 de octubre de 1861, por la cual se obligaba á no ejercer ninguna influencia en los negocios interiores de México, capaz de menoscabar su derecho para escoger y constituir la forma de su gobierno; siendo que tenía ya aprobada la candidatura

del Archiduque de Austria á fin de derrocar la República y levantar un Imperio. Y Mr. de Morny, bajo la presión del cohecho, ávido de obtener veinticinco millones de francos de los famosos bonos Jecker, engañaba á Napoleón apoyando las instancias de Eugenia, haciéndole creer que la intervención francesa serviría para poner un valladar á la expansión norteamericana y exaltar en América los intereses de la raza latina, hasta sngestionarlo de tal modo que llegase á llamar á tan malaventurada expedición, "el más glorioso pensamiento de su reinado."

Napoleón engañó á Maximiliano arrancándole el reconocimiento de las cantidades estipuladas en el Tratado de Miramar, que elevaban el presupuesto anual de egresos en más de \$ 30,000,000 sobre los ingresos totales del Imperio, y haciéndole contratar empréstitos de los cuales al negociarlos se perdía el 40 p. ♂ (pues uno se hizo al 63 y otro al 60 p. ♂ firme); en gastos y comisiones el 10; en réditos corrientes y adelantados el 20, y del 30 p. ♂ restante Napoleón tomaba por diversos títulos el 25 p. ♂ y á Maximiliano se le entregaba el 5 p. ♂. [Payno, Cuentas etc.] Por eso dice muy bien el Sr. Bulnes: "En menos de un año de reinado, Maximiliano había comprometido á la Nación, fuera del costo de la Intervención, en ciento cuarenta y siete millones de pesos de empréstitos sin haber recibido de ellos sino una bicoca. El Imperio

había sido más ruinoso á la Nación en un año, que la anarquía en cuarenta". [El Verd. Juárez pág. 385]

Por eso cuando la luz se hizo, cuando cada quien apareció cual era, descubierta tanta perfidia, manifiestas tantas ambiciones bastardas, las maldiciones se desencadenaron por todas partes y como pregunta De la Gorge, «entre todos aquellos que figuraron en el inexorable drama, quien se atrevería á decir que Maximiliano fué el más desgraciado?» [Hist. du second Emp. vol 5 p. 147].

Esto aparte, la pintura que nos hace el secretario particular del carácter del nuevo soberano, está conforme con la que ya teníamos. Esto nos enseña: "En general se decía que el Emperador era muy voluble; que siempre la última impresión influía mucho en su ánimo, y en comprobación de lo dicho se mencionaban los frecuentes cambios en los altos puestos del Imperio, pues sólo los amigos que con él habían venido de Europa y que se encontraban en empleos de importancia se habían mantenido en ellos." [pág. 71.] Sobre la frivolidad de las atenciones del Emperador, nos dice que todavía en Querétaro "seguía dictándose el ceremonial de la Corte que estaba formando!"

Masseras, más explícito y minucioso, había ya dicho de él: "Los favoritos de la víspera se encontraban abandonados y aun á menudo maltratados al día siguiente, sin que se supiese la

razón de su favor, más que la de su desgracia. El partido un momento acariciado, sabía de repente que la preferencia y la confianza imperiales, habían pasado al partido contrario. Las promesas se nulificaban sin cumplirse y los proyectos se sucedían sin apariencia de realizarse. Las cuestiones que habrían exigido una firmeza de propósitos en que no cupiese vacilación, encontraban un espíritu incierto, ya inerte, ya enardecido, que procedía por determinaciones improvisadas, inoportunas é impracticables en su mayor parte, mal equilibradas siempre, y que casi invariablemente quedaban sin efecto..... Acumulaba sobre su escritorio expedientes por centenares, confundiendo en tal mescolanza, que los más esenciales y urgentes desaparecían bajo los más fútiles, tomándolos y dejándolos á su turno para acabar por perderse y abandonarlo todo. No sabía por lo demás desplegar una atención sostenida, sino bajo la influencia de las ideas que sonreían á sus gustos. El perfeccionamiento del Código de etiqueta, la disposición de una ceremonia, el reglamento de un cortejo, la creación de la Orden del Aguila Mexicana ó de la de S. Carlos, la instalación del teatro de la Corte, el porte correcto de los trajes y de las libreas le ocupaban fácilmente semanas enteras. Venían en seguida la Botánica y la Arqueología, por las cuales le atacaban accesos de pasión intermitente. Fuera de estos objetos predilectos, el trabajo constituía un es-

fuerzo á que era incapaz de resignarse largo tiempo aquella naturaleza voluntariosa y movediza: la fatiga traía pronto la tentación de aplazar el despacho para un mañana que se retrocedía de mes á mes; ó bien el público que se desayunaba un día con la noticia de que el Emperador había salido á hacer una excursión exigida por la salud, podía entonces asegurar que estrechado de cerca por algún negocio molesto, se substraía de él huyendo de la Capital... No hay que sorprenderse de que el complemento de este carácter fuese la prodigalidad más irreflexiva, el desorden más inconsciente en todo lo que tocaba á las cuestiones de dinero."

He allí explicados los frecuentes viajes á Jalapa, Puebla y Cuernavaca en el tren de que nos habla el autor, formado por el caballero Don Feliciano Rodríguez, compuesto aquél de amplísima carretela con un tiro de doce mulas más blancas que la nieve, enteramente iguales de alzada y adornadas con guarniciones azules, cuyo cochero, mozos y lacayos vestían todos de charros, traje de gamuza y adornos de plata, llevando anchos y vistosos sombreros grises. (pág. 181) Ese lujo desplegado en sus viajes, ese sello de elegancia que Maximiliano sabía dar á su persona y á su séquito, con los que sorprendía tanto, era sin embargo muy costoso para la Nación, pues consta que en el solo año de 1865 se gastaron en las caballerizas que con tanto acierto atendía el

Coronel Rodríguez, \$58,362 [Payno pág. 651] y la primera compra de caballos, arneses y coches en el año de 1864, importó \$80,000. Confirmado también el concepto de que «á Maximiliano, que siempre demostró más gusto por las artes y por las ciencias, que por las cosas de gobierno, le encantaba pasarse las horas en compañía del naturalista» Billimesk [pág. 183]. ✓ «El Emperador era un artista encantador, y se necesitaba un príncipe militar» ha escrito D'Hericault.

El género de vida que llevaba el Emperador demuestra un estudiado sibirismo. Levantado siempre á las cuatro de la mañana, se ponía á trabajar á esa hora con su secretario privado y despachaba su correspondencia hasta las siete, en que tomaba una taza de café con unos pastelitos vieneses y montaba á caballo para pasear hasta las nueve y media que volvía al almuerzo. «El soberano austriaco era un refinadísimo gastrónomo y sus cocineros se esmeraban para no disgustarlo. Los platillos estaban preparados según la cocina francesa, pero con algunas modificaciones del arte culinario vienés; los vinos que se servían en la mesa imperial eran de lo más exquisito. Durante el almuerzo, Jerez, Burdeos, Borgoña y vino de Hungría, y en la comida vino del Rhin y Champaña además de los mencionados.» No sólo era Maximiliano un refinadísimo gastrónomo, sino también un gran bebedor, así es que su bodega estaba siem-

pre bien provista de exquisitos vinos de entre los cuales prefería el Steinberg, el Rüdensberg, el Johannesberg, el Chateau Iquem, el Madera y el Champagne y nunca faltaban en sus cavas ocho ó diez mil botellas.

Muy aficionado á las reuniones, no se pasaba una semana sin que tuviera una de estas ó un banquete, así es que sólo en el primer semestre del año de 1865, hubo veinte comidas y diez y seis tertulias á más de las grandes funciones de Corte en las cuales se ponía en vigor el ceremonial y se exigía la asistencia de los grandes dignatarios, de las damas y de los chambelanes. Por supuesto que para satisfacer el exquisito gusto del discípulo de Brillat Savarin, era preciso un alto presupuesto, pero eso no importaba; así es que en el solo año de 1865 ascendieron los gastos de cocina, pastelería y vinos \$ 104,821; los de carbón, leña y luces \$ 20,995, y los de mantelería, loza y trastos de cocina \$ 9,661!! [Payno pág. 651].

Entrando en la inversión de algunas de esas enormes cantidades, nos encontramos con que en un mes se consumían 12000 tortas de pan, 6500 libras de carne de ternera, 100 mollejas, 10 cabezas, 2000 aves, 200 libras de manteca, 5000 huevos, 2500 cuartillos de leche, 380 arrobas de nieve, 64 cajas de espárragos, etc., etc.

Generalmente el almuerzo lo hacía en una mesita de dos cubiertos, acompañado de su secretario y en segui-

da se dirigía de Chapultepec, donde vivía la mayor parte del año, á Palacio, en donde empezaba por dar audiencia dos veces por semana, consagrando el tiempo restante al despacho con sus Ministros, hasta las dos y media en punto en que volvían al Castillo para sentarse á la mesa á las cuatro. «Sentábanse unas veinte personas incluyéndose en estas los ayudantes de campo, las damas de honor y oficial de órdenes que se encontraban de servicio y el secretario, siendo los demás comensales caballeros y damas á quienes se había invitado desde la víspera por medio de unas tarjetas especiales que con ese fin expedía la secretaría de ceremonias. En la comida se trataban siempre asuntos amenos y ajenos á la política: sus Majestades dirigían á todos la palabra en español Terminada la comida, la Emperatriz y las damas se retiraban á sus habitaciones, y el Emperador con los caballeros al salón de fumar donde, de pié, se fumaba un buen tabaco y se charlaba una media hora más». Maximiliano era un gran fumador y se nos dice que gustaba de cuentos picantes y anécdotas, pero no se nos refiere ninguno de esos rasgos de *esprit* propios de las personas de buen humor y de talento. Cuando buscando un día una fecha en el calendario, le dijo al Sr. Blasio: «No olvide Ud. felicitar al Coronel G. el día 15 de septiembre por que ese día es el de su santo» y después de salir muy serio

de la pieza vió este que ese era el día de San Cornelio, no dió muestras de ninguna originalidad, porque en todas partes se oye siempre encomendar á ese santo á los maridos engañados.

Es curiosa la noticia que el autor nos da acerca del desaire hecho á las familias invitadas al primer baile de Corte el 10 de julio de 1864 y que llegaron después de las ocho de la noche, hora señalada en las invitaciones para dar principio el festejo. Muy verídico al referir el entusiasmo que tal baile despertó en la alta sociedad mexicana, el afán con que se pretendían las invitaciones, el derroche de lujo, la admiración que causó un conjunto tan hermoso y tan desconocido hasta entonces. Es una bella página del libro que nos hace asistir á aquel periodo de deslumbramiento, de frivolidad, de pasión en que un vistoso uniforme francés seducía más que la virtud y el mérito! Pero cuánta humillación para las orgullosas familias que llegaban tarde ostentando sus ricos carruajes, sus joyas, su alta posición y á quienes se les recibía al pié de la escalera por criados muy correctos que les decían que conforme al sagrado ceremonial nadie debía entrar á los salones después de los soberanos, por lo cual no se les podía permitir pasar adelante!

Mucho temo que este detalle sea como algunos otros, debido exclusivamente á la fantasía del autor; porque habiendo varios salones de baile y de

descanso á donde pudiesen pasar los retardatarios casi sin ser advertidos entre la concurrencia numerosa, parece más que grosero é innecesario el procedimiento adoptado en la brillante Corte.

Por lo demás, todo aquel entusiasmo que en la clase aristocrática significaba la propia ostentación y la satisfacción de rencores pasados ó de tales ó cuales ideas, en el pueblo no era sino la manifestación del sentimiento de la curiosidad.

Es notable el deseo que en todo el libro muestra su autor por desprender el Imperio de la intervención, siguiendo en esto el espíritu de todo el partido conservador, que habiendo llamado á los franceses, después ha pretendido vanamente separar su causa de la de ellos; pero es también notable la honradez con que dice textualmente: "A pesar del triunfo de los franceses y á pesar de que los soldados de Napoleón III, por doquiera eran recibidos con agasajos; al Mariscal Forey, que era un hombre muy perspicaz no podía escapársele, que ese entusiasmo con que eran recibidas sus tropas, *era enteramente forzado*, pues comprendía perfectamente que *el pueblo mexicano no toleraba la intervención* y que al alejarse de cada ciudad, que abandonaba el presidente Juárez, éste lo hacía en vista de las circunstancias y *obligado por la fuerza; pero contando siempre con la simpatía de los habitantes de las poblaciones que*

se veía obligado á abandonar. [pág. 111]

Preciosa confesión, que precisamente por no ser singular, echa por tierra todo el edificio de popularidad y asombro levantado en favor de la idea intervencionista, inseparable de la imperialista. Realmente el entusiasmo de las masas para ver las tropas francesas no tenía más fundamento que la curiosidad. Aquel ejército tan disciplinado, en el cual los zuavos lucían sus vistosos uniformes, los cazadores de Africa sus hermosos caballos, los argelinos su tez tostada destacándose sobre el azul claro de sus vestidos, las vistosas vivanderas, los estados mayores tan distinguidos y elegantes, las músicas tan armoniosas, todo era un conjunto que atraía para contemplarse con sorpresa principalmente por quienes estaban acostumbrados á ver soldados desnudos y desorganizados. Se les admiraba, pero no se les quería. ¡Quién hubiera hecho, sin embargo, que en nuestra República hubiesen corrido los habitantes pacíficos para no oír las músicas francesas, como nos cuenta Alarcón que huían los venecianos cuando empezaban á tocar los aborrecidos austriacos! Aquí, por desgracia, se sobreponían la curiosidad y la sorpresa, y aflúa el público á la Misa á que asistían los franceses ó á sus vistosas formaciones; pero no podía confundirse ese sentimiento con el del interés ó de la simpatía, por lo cual con mucha razón Forey nunca se dejó engañar. A

este propósito es muy digno de consignarse que familias hubo, aunque muy pocas, como la de la insigne matrona Doña Juana Calderón de Iglesias, que siempre que en unión de sus pequeños hijos encontraba en la calle soldados franceses en formación, hacía voltear á aquellos hacia la pared y ella con su cuerpo los cubría para que no vieran á los enemigos de su patria. Este hecho vale sin duda, más que el que nos refiere Alarcón en su famoso viaje.

Hubo así algunas silenciosas protestas y entre otras, el autor nos cuenta que en Puebla misma, —una de las poblaciones más adictas á su causa, — “Una dama muy bella, esposa de un rico comerciante, fué nombrada también dama de honor; pero ésta devolvió el nombramiento, diciendo que prefería ser reina en su casa y no criada en Palacio.” Y aunque en seguida agrega, que invitada poco tiempo después á un banquete oficial, quedó tan encantada del trato amable de los Soberanos, que manifestó públicamente su arrepentimiento por su *altiva y grosera* determinación anterior; esto tiene que ser absolutamente falso, por la sencilla razón de que después de tanta altivez y energía, era imposible que la hubiesen invitado. Creo que para el orgullo de los príncipes y la adulación de su Corte ha de haber bastado la respuesta.

Hay en el libro otra manifestación arrancada á una conciencia honrada por la fuerza misma de las circunstan-

cias. Al referirse al aniversario del glorioso Grito de Dolores, en 1865, dice: "Con el entusiasmo de todos los años, con la vehemencia de costumbre, el pueblo mexicano acudió esa noche á la plaza de Armas para gritar vivas á la independencia de México, *cuando oh ironía! México estaba gobernado por un monarca extranjero.* A la madrugada del 16 las salvas de artillería, los repiques, las bandas militares y los cohetes, que atronaban el aire, anunciaban al pueblo mexicano que éste celebraba su *Independencia bajo el gobierno de un príncipe austriaco.*" (pág. 155)

Este es un grito de sinceridad que condena sin recurso á un gobierno impuesto por la fuerza extranjera contra la voluntad popular y en pugna abierta con la independencia, y con ese precioso apóstrofe "oh ironía!" ha venido á expresar el mismo juicio que emitieran por entonces los más notables republicanos. El señor Don José M.^a Iglesias no fué más expresivo cuando en sus interesantes Revistas y hablando del mismo suceso, decía: "Otra de las disposiciones de Maximiliano fué la relativa á que se colocara en la plazuela de Guardiola una estatua del Cura Morelos.....El Archiduque pronunció un discurso en alabanza de Morelos. Esos elogios son un *contrasentido* en la boca del que los hace--(oh ironía!)—aunque muy merecidos para el distinguido patriota que figura en primer término en la epopeya de nues-

tra independencia. También Morelos fué excomulgado y perseguido por el alto clero, constante defensor de las malas causas: también Morelos fué declarado bandido como á semejanza suya lo son los que siguen su ejemplo; también Morelos pagó en el patíbulo su decisión por la independencia de México, como sucede ahora con muchos valientes que sostienen la misma causa y á quienes manda ó deja sacrificar el advenedizo príncipe, que lleva su descaro (oh ironía!) al punto de aplaudir en uno de los caudillos de la primera época de la guerra de insurrección, lo que condena en la segunda." [tomo 3^o, pág. 505]

Y tenía mucha razón el Ministro de Juárez: á los pocos días se promulgó la famosa ley de 3 de octubre, por la cual se sometía á las Cortes Marciales para que condenasen á muerte á todos los que perteneciesen á bandos ó reuniones armadas, proclamasen ó no cualquier pretexto político, cualquiera que fuese el número de la banda, su organización y denominación.

El mismo Arrangoiz hace notar que "el Gobierno republicano era un Gobierno reconocido por una gran parte del país, por los Estados Unidos, por todas las Repúblicas hispano-americanas: si Juárez se hubiese ausentado, otro le habría reemplazado y representando á un gobierno, no podían calificarse de bandidos á todas las tropas que lo defendían." Fué realmente no sólo una crueldad, sino un escán-

dalo, el desconocer el carácter de beligerantes á los que combatían á un gobierno apoyado en tropas francesas. Por eso todavía hay interés en conocer la participación que cada uno tuvo en la elaboración de tan famoso decreto. A ese respecto el señor Blasio nos dice que el Cuartel General francés le envió á Maximiliano un telegrama del Gral. Brincourt, en el que se decía que Don Benito había abandonado el territorio mexicano, atravesando el río Bravo por Paso del Norte, y ante aquella falsa noticia se promulgó la nueva ley que "el soñador Archiduque, creyó lealmente que sería lazo de unión entre todos los mexicanos y el término de una guerra que tanta sangre costaba ya." (pág. 161) Para calificar esa creencia me parece muy benigno el término de *soñador*, empleado por el secretario privado, porque si así fuese, no nos quedaría otro recurso que pedir á Dios nos librase de los soñadores que forjan lazos de unión. Agrega que la minuta fué escrita por uno de los empleados del Ministerio de la Guerra y refutando á Keratry al afirmar que Bazaine no lo conoció sino cuando ya estaba redactado, asegura que de antemano el decreto había sido discutido entre el Emperador y el Mariscal, quien pidió todavía alguna adición que dió origen al art. 10. Realmente Bazaine fué quien sugirió tan sanguinaria disposición, pues él mismo da cuenta á su Gobierno en estos términos: "El Emperador Maximiliano, cuyo carácter

parece ser esencialmente paciente, ha querido esperar que Juárez saliera del territorio, antes de promulgar la ley. S. M. se decidió al fin *por mis consejos* á dar una prueba de firmeza, que ha hecho un buen efecto entre los conservadores." Gaulot, tom. 2º pág 293.

Pero aún así, Maximiliano quiso que ese lazo de unión fuese lo más estrecho posible, tanto que con él pudiera ahorcarse al mayor número de republicanos, pues no satisfecho todavía con aquellos sanguinarios preceptos, los hizo acompañar de una circular que expidió su Ministro de la Guerra en 9 de octubre de 1865 y de la cual tengo un original, en la que se ordenaba que "Las Cortes Marciales encargadas especialmente del exacto cumplimiento de esta soberana disposición, deben desplegar la energía y actividad que las circunstancias demandan imperiosamente, haciéndose responsables por su morosidad y consideración de las fatales consecuencias á que pudiesen dar lugar con una lenidad y clemencia que repugnan *la civilización, la humanidad y la moral* bárbaramente ultrajadas con los escandalosos atentados y con los horribles crímenes de los que sostienen una guerra vandálica y sanguinaria. Peza."

Semejante rigor pudo explicarse en Bazaine, jefe extranjero que demostró más tarde en Metz que no sabía cómo se defiende á la Patria; pero en el Archiduque, que se decía Emperador de México, y que ante los desmanes espanto-